

1º Premio. Houda Rhoalmi Edeovam –
IES Lucía de Medrano – Salamanca



VUELO A-935

Hoy es el gran día. Es miércoles 25 de febrero del 2015 y suena la alarma a las 06:15. Me levanto con más ganas que nunca aunque los nervios me están jugando una mala pasada. Llevo todo un curso esperando este momento y al final se cumplió mi deseo. A las 11:00 me espera un vuelo a Estocolmo para iniciar mi Erasmus. Todas mis amigas decidieron coger Londres y Nueva York, pero yo preferí irme a Suecia; al fin y al cabo, Inglaterra y EEUU ya están más que vistos. Me voy a estudiar psicología fuera un año, así que no puedo estar más nerviosa y emocionada. Me preparo en menos de media hora, desayuno rápido y preparo las últimas cosas. Pasaporte, DNI, billete, dinero, portátil... ¡todo listo! Despierto a mis padres y a mi hermano pequeño para despedirme de ellos. Prefiero tardar lo menos posible en decirles adiós, por lo que procuro que sea una despedida rápida, las odio. Me llenan de besos, lágrimas y muchos “pórtate bien”, “estudia mucho hija”, “te quiero”, “te echaremos de menos”... Cierro la puerta de mi habitación, arrastro como puedo las dos maletas que llevo y cargo a la espalda una mochila, cuando de repente escucho un coche pitando en la puerta de casa.

– ¡ELISA, ES EL PADRE DE CLAUDIA! - grita mi madre.

– Ya voy mamá. Adiós papi, adiós mami, adiós mocoso - y dándoles un último abrazo, cierro la puerta de casa y empiezo mi viaje.

El padre de Claudia trabaja cerca del aeropuerto por lo que me acercó él. Mientras íbamos de camino me preguntaba cómo creía que iba a ser esta experiencia, por qué no decidí irme de viaje a las mismas ciudades que el resto de mis amigas en vez de irme sola. También me aconsejaba que no tuviera miedo y que disfrutara de esta oportunidad como el que disfruta de ver nevar por primera vez. También iba respondiendo mensajes de amigos y familiares en whatsapp y facebook que se resumían en “pásalo genial”, a los que respondía con algún que otro emoticono y algún que otro 'muchas gracias'. La verdad es que nunca fui mucho de redes sociales. En lo que llegábamos, notaba que el cansancio de no haber dormido las tres últimas noches por los nervios afloraba, hasta que finalmente,

mirando por la ventana, como todos esos videoclips tristes, me quedé dormida. Cuando me quiero despertar me doy cuenta de que Raúl, el padre de Claudia, ya está aparcando en el aeropuerto y le escucho decir:

- Buenos días Elisa -mientras se le escapaba alguna carcajada al verme recién despierta- ya estamos.
- Que nervios, no me puedo creer que ya haya llegado la hora -le contesté mientras miraba a mi alrededor y contemplaba todo el ajetreo de Barajas a las ocho de la mañana.

Raúl me ayudó con las maletas, fuimos a facturarlas y me acompañó hasta las zonas de controles. Me despedí de él y le di las gracias por haberse molestado en venir conmigo; la verdad es que prefiero haber venido con él que con mi familia. Si no hubiera sido así, me hubiera costado muchísimo separarme de ellos. Me abrazó y una vez más me dijo que disfrutara de esto como si fuera la última vez que fuera a abrir los ojos. Pasé los controles, me giré y le saludé por última vez con la mano. Me devolvió el saludo, cogí mi mochila del escáner, busqué mi puerta de embarque y ahí estaba. ESTOCOLMO. En letras mayúsculas. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y una pequeña lagrimilla se deslizó por mi cara. Como iba a echar de menos toda mi vida...

Me senté a esperar y mientras, miraba a una niña pequeña jugar con sus padres y su hermano, la cual a veces me miraba y me sonreía tímidamente. Me recordaba a mí de pequeña, y una vez más, me acordé de mi familia, por lo que una nueva lagrima se asomó.

- Pasajeros con vuelo A-935 con destino Estocolmo, embarquen por puerta 34. Passengers with flight A-935 to Stockholm, embark from door 34. Les passagers avec le vol A-935 à Stockholm embarquement par la porte 34. -escuché decir por megafonía, por lo que guardé el móvil, cogí mi mochila, saqué el pasaporte y el billete y me dirigí a la puerta que me correspondía-. Mientras esperaba en la cola, escuché el mensaje que anunciaba mi vuelo unas tres veces, hasta que finalmente llegó mi turno. La azafata revisó mis papeles y se despidió de mí deseándome un feliz vuelo. Otra azafata me acompañó a mi asiento, F-25, y se despidió de mí al igual que su compañera, con un amable “Que tenga un feliz vuelo”.

Eran las 10:45 y el avión estaba a punto de salir. Ya no había vuelta atrás, ahora más que nunca era el momento. Aproveché para llamar a mis padres y decirles que ya estaba en el avión y que les iba a echar muchísimo de menos, a lo que ellos me respondían con lágrimas y te quiero. Me despedí de ellos para apagar el móvil cuando a mi lado se sentó un chico de unos veinticinco años. Me saludó con un educado “buenos días” y yo le respondí con un “hola” y una sonrisa. El avión empezaba a moverse y a mí me temblaban las piernas, no sé si por los nervios o por la emoción o por miedo o si

era una mezcla de todo. El chico que estaba a mi lado me miraba de reojo y sonreía al verme tan inquieta.

- Tu primer Erasmus, ¿verdad? -dijo.
- Sí...eh... ¿cómo lo sabes? -contesté.
- Porque yo hace tres años estaba cogiendo este mismo vuelo y estaba igual de asustado que tú -se reía soy Isak, encantado -me tendió la mano para saludarle-.
- Yo soy Elisa -nos saludamos-. En ese momento ese chico que conocía de apenas diez minutos me transmitió muchísima confianza. Tenía unos ojos increíbles, un verde esmeralda inexistente, por lo que al hablar con él era inevitable no perderse en ellos.

El vuelo duraba unas cuatro horas pero no se hizo nada pesado. La verdad que la compañía de Isak fue muy grata. Era un chico muy agradable y muy educado.

- ¿Qué te trae por Suecia? -le pregunté.
- Como ya te dije, hace tres años, cuando tenía veintidós años, viajé de Erasmus a Suecia para estudiar mi penúltimo curso de medicina. Estuve todo ese año estudiando en Estocolmo y ahora vuelvo para terminar mi último curso de especialización neurológica -contestó.
- ¡Vaya! Un chico listo parece ser ¿no? -dije riéndome.
- ¡Lo dudas! -se reía-. ¿Y a ti? ¿Qué te trae a Suecia?
- Pues lo mismo que a ti hace tres años. Me ofrecieron ir a estudiar un curso de psicología fuera, y decidí elegir el segundo año, ya que ir el primer año de universidad me parecía demasiado para una chica de dieciocho años, -dije.
- ¿Entonces, tengo aquí a una veinteañera?
- Recién cumplidos -le dije sonriendo tímidamente.

Estuvimos todo el trayecto hablando, haciéndonos alguna que otra foto y riéndonos de los ronquidos del señor que estaba delante de nosotros. Sin duda alguna, el viaje empezaba con buen pie. Ese chico de ojos esmeralda...

- Pasajeros, estamos a punto de aterrizar en el aeropuerto de Estocolmo. Abróchense los cinturones. Espero que hayan tenido un vuelo agradable y, en nombre del capitán y de toda la tripulación, gracias por confiar en nosotros -anunciaba la azafata por megafonía.

No me lo podía creer. Ahí estaba, debajo de mis pies. Ahí tenía a lo que iba a ser mi hogar durante los próximos 365 días. Me abroché el cinturón y no podía parar de mirar por la ventana. Se veían tejados de casas nevados, algún que otro lago congelado; también pasamos por encima de un bosque de pinos nevado, como el de la Bella y la Bestia. Era todo tan irreal y de película que aún me costaba asimilar toda la situación. De nuevo los nervios se apoderaron de mí y me empezaron a temblar las piernas. Isak de nuevo me miraba y se reía.

- Ya has pasado lo peor. Llevamos cuatro horas a 10km de altura, mala suerte sería que nos estrelláramos ahora -dijo dándome un codazo y guiñándome un ojo.

En esos momentos no sabía si sus palabras me estaban calmando o me estaban poniendo más nerviosa. Yo solo sabía que quería bajarme de ese avión y pisar mi querida nueva ciudad. Y, al final, a las 15:00, noté cómo las ruedas rozaban la pista, pasando de ver nubes por la ventana a ver torres de control, trabajadores con chalecos amarillos y varios aviones. Nos bajamos, pasamos los controles y fuimos a por las maletas. A mí en la puerta de salidas me esperaba un profesor que me acompañaría a mi nueva residencia, mientras que Isak, ya se conocía lo suficientemente bien la ciudad como para apañárselas solo. Me despedí de él dándole un abrazo.

- Disfruta y no tengas miedo. Si estás aquí es porque te lo mereces. Haz que sea el año de tu vida, -me dijo con una sonrisa. No pude evitar darle otro abrazo, pero aún más fuerte, como si me diera miedo que se fuera. Al fin y al cabo, era la única persona a la que conocía ahí.

William, mi profesor, estaba esperándome con un cartel que ponía Mrs. Elisa Flores. Fui a saludarle y él me recibió con un cariñoso abrazo. Insistió en invitarme a comer y al acabar me ayudó con las maletas y nos dirigimos hacia su coche. Era un hombre realmente amable e hizo todo lo posible para que me sintiera a gusto nada más llegar. La residencia estaba a unos veinte minutos del aeropuerto y durante el trayecto, llamé a mi familia. Yo intentaba no llorar para no hacer sentir mal a mi madre, pero el nudo que tenía en la garganta, era inmenso. Colgué y me puse los cascos mientras iba admirando por la ventana la belleza de Estocolmo. Llegamos a la residencia y William me enseñó mi habitación y me presentó a mi nueva compañera de cuarto. Era una chica italiana llamada Nicole, la cual también me recibió con gran amabilidad. Me mostró prácticamente todos los rincones de mi nuevo hogar y me ayudó a deshacer las maletas. Al fin llegó la noche. Solo necesitaba cerrar los ojos y descansar. Pero cuando cerraba los ojos, en mi mente aparecían otros ojos, unos esmeralda.

El primer día de clases no fue tan duro como me esperaba. Todos mis compañeros me acogieron rápidamente. Yo era la última en llegar para el programa Erasmus, ya que el resto llevaba ahí un par de semanas. Había alumnos de todos los rincones del mundo, hasta de países que nunca habría imaginado. Pasaban las semanas y la verdad que no me iba nada mal. Muchas veces salía de fiesta con mis compañeros y más de una vez juraría haberme cruzado con Isak. Puede que me estuviera

volviendo loca... Los primeros meses fueron genial aunque a partir del cuarto mes me empecé a encontrar más débil y me dolía la cabeza cada dos por tres.

- Eli, vamos a ir a cenar fuera hoy para celebrar el cumpleaños de Joaho, vendrás, ¿verdad?
- me dijo Nicole.
- No creo tía; llevo unas semanas sintiéndome bastante mal. Creo que voy a ponerme mala. Pasadlo genial y beberos alguna en mi honor, borrachina -contesté, mostrándome lo más agradable que podía.
- Creo que deberías hablar con William para que te acompañe al médico, tienes muy mala cara, cariño -me dijo acariciándome la cara y mostrando preocupación.
- No pasa nada, sólo será un resfriado, ya sabes que aquí hace mucho frío- le contesté intentando reír.

Todas las chicas se preparaban para salir de fiesta. Vestidos, tacones, pintalabios rojos... todas estaban increíbles, pero mentiría si dijera que no me daba envidia verlas tan guapas mientras yo me quedaba en mi habitación. La verdad es que me encontraba cada vez peor pero no quería preocupar a nadie, ni siquiera a mis padres. Cuando hablaba con ellos intentaba mostrarme lo menos cansada posible.

- Si necesitas algo no dudes en llamarme, ¿vale, cariño? - dijo Nicole.
- Preocúpate más de ligarte a tu querido americanito, ¡anda! -le dije dándole un abrazo.

Al día siguiente teníamos día libre por lo que decidí salir por la ciudad yo sola, me hacía falta estar conmigo misma. Me preguntaba cómo estarían todas mis amigas. Ellas estaban juntas, ya fuera en Londres o Nueva York, pero se tenían unas a otras. Y yo es verdad que me llevo genial con todos los de la resi, pero a veces me hacen falta las amigas de toda la vida. Entré en un bar y pedí un café. Me senté en una mesa al fondo y miraba por la ventana a toda la gente que pasaba por la calle, con la esperanza de ver cruzar a ese chico del avión. Una vez más juré verlo, pero una vez más, solo eran visiones. ¿Qué me pasaba?

Al día siguiente, mi dolor de cabeza empeoraba pero yo intentaba aguantar. Cuando acabamos la clase, el dolor acabó llegando al límite. Iba por el pasillo de la universidad cuando empecé a ver borroso y las voces de todos los alumnos se iban convirtiendo en un eco retumbante hasta acabar desapareciendo. Mis ojos empezaron a cerrarse, una vez más apareciendo la imagen de Isak ante mí. Acabé golpeándome con la taquilla en la cabeza y caí al suelo desmayada. Todos los alumnos empezaron a rodearme y a llamar a gritos a los profesores. Nicole tiró los libros al suelo, empezó a llorar y se arrodilló a mi lado, apoyando mi cabeza en su regazo y dándome palmadas en la cara.

– ELISAAA, ELISAAA DESPIERTA, ELI POR FAVOR –gritaba Nicole mientras no paraba de llorar- TÍA, POR FAVOR, DESPIERTA. ELI, VUELVE.....VUELVE...

Vuelve. Vuelve. Vuelve. No dejaba de repetirse esa palabra en mi cabeza. Vuelve. Eli. Vuelve. Sentía un fuerte dolor en la cabeza y me costaba moverme. Por un instante escuché la voz de mi madre, pero pensé que solo serían alucinaciones mías. Era imposible. Estaba a 4000 km de casa. Intentaba incorporarme pero no podía. Me dolía mucho la cabeza y el cuello, sentía mucho dolor en el vientre. Además notaba una aguja en el brazo, como si me estuvieran atravesando con un tubo la piel de este. Intentaba abrir los ojos pero no tenía las fuerzas para hacerlo. Una vez más escuché un “vuelve” con la voz de mi madre, entremezclada con la de Nicole. No entendía nada, pero tenía miedo. Intenté de nuevo abrir los ojos, y lo conseguí, pero solo veía sombras borrosas a mí alrededor, lo que me ponía más nerviosa aún. No entendía qué estaba pasando y la situación me provocaba un agobio inmenso. Solo quería llorar, llorar de impotencia, porque no era dueña de mi cuerpo. Me dolía todo y era incapaz de hacer cualquier cosa. Empecé a llorar, pidiendo ayuda, gritando, hacia dentro, porque no tenía fuerzas ni para hablar. Noté que una mano agarraba la mía y la besaba. Era una mano pequeñita en comparación a la mía, pero no sabía quién era. Hice el último esfuerzo en abrir los ojos, necesitaba saber qué demonios estaba pasando, no podía con esa angustia. Lo intenté de todas las maneras que pude y al final lo logré, pero esta vez las sombras borrosas iban cogiendo color y forma. Moví un poco la cabeza y no me lo podía creer. Esos ojos. Ese verde esmeralda mirándome fijamente hasta el punto de poder verme reflejada en él. No podía ser real. Estoy segura de que era una ilusión más, una más de las tanta que tuve desde el día que le abracé por última vez. Lo ignoré.

Observé mí alrededor y me encontraba en una habitación blanca, con aparatos con muchas luces y botones y cables... Fijándome bien, creí ver a mi padre abrazando a mi madre, mientras ambos lloraban. No entendía; estaba tan confusa que pensé que ahora sí que me había vuelto loca y que estaba en una especie de habitación de psiquiatras. Vi una figura pequeña sosteniéndome la mano, con la cara hundida en la cama en la que me encontraba tumbada y en ese mismo brazo tenía una especie de aguja insertada en él de la que colgaba un tubo hacia arriba. Era una bolsa de esas de suero que te ponen en los hospitales. Una vez más me giré y vi esa mirada, clavada en mí mientras movía sus labios intentando decirme algo, pero yo no lograba escuchar nada. Volví a observar la habitación y era la misma imagen que hace un minuto. Mis padres, esa personita sujetándome la mano, y los ojos verdes. Pero, ¿y Nicole? ¿Dónde está Nicole? No paraba de hacerme esa pregunta. Pasaron un par de minutos pero para mí fue como si hubieran pasado horas y horas. Estaba ahí, tirada en una cama de un hospital, sin saber qué estaba pasando, sin entender nada. Sin saber si todo eso era real o si se me había ido ya la cabeza por completo. Poco a poco empecé a escuchar mi

nombre, empecé a escuchar los pii, pii, pii constantes de esos aparatos que me rodeaban. Iba recuperando el conocimiento. Conseguí reconocer al niño que estaba besándome la mano, era mi hermano. ¿Mi hermano? ¿Cómo?

- Buenos días Elisa -me dijeron esos ojos verdes- ¿cómo te encuentras?
--suspiré- ...I...I... ¿Isak? -dije con mis máximos esfuerzos.
- ¡ELISA , HIJA MÍA! -escuché decir a mi madre, mientras lloraba y se abalanzaba a besarme y abrazarme. Mi padre hizo lo mismo.
- Apártense un momento por favor, ahora tiene que relajarse -dijo Isak a mis padres.- ¿Cómo sabes quién soy?
- Isak...tú y yo fuimos juntos en el avión a Suecia, -dije yo confusa.

Mi madre empezó a llorar pero yo no lograba entender nada. ¿Ahora por qué estaba llorando? Isak mostró cara de preocupación y pidió que sacaran a mi hermano de la habitación.

- Papá, mamá, ¿cuándo habéis llegado a Suecia? ¿Qué me ha pasado? Me duele mucho la cabeza -dije.
- Vamos un momento fuera -dijo Isak a mis padres.

Isak salió con mis padres y mi madre lloraba más que nunca. Seguía estando confusa. Me intenté incorporar y me senté como pude en la cama. Escuchaba a mis padres hablar con Isak pero no reconocía qué estaban diciendo. Empecé a preocuparme y a hacerme muchas preguntas que no lograba contestar. ¿Por qué Isak no me recuerda? ¿Qué hacen aquí mis padres? ¿Por qué tengo tantas cicatrices en los brazos y piernas?

- Hola preciosa, ¿cómo te encuentras? -dijo Isak.
 - Me duele la cabeza y no consigo recordar gran cosa. -contesté.
 - ¿Qué es lo último que recuerdas? -dijo.
 - Eh...pues....creo que me desmayé en el pasillo de mi universidad y me he despertado aquí.
- ¿Dónde está mi amiga Nicole? -añadí.

Isak me miró aún más sorprendido que cuando me escuchó decir su nombre por primera vez hace unos minutos.

– ¿Dónde estabas estudiando? -me dijo.

– Estaba estudiando psicología con un Erasmus en la universidad de Estocolmo, te lo conté en el avión, ¿no recuerdas? -dije angustiada.- ¿Puedo ver a mis padres?

– Es mejor que pases unos días sola, para que te relajes y te recuperes. Te prometo que en unos días todo volverá a la normalidad, -me contestó.

– Isak... ¿puedes darme un abrazo por favor? -dije medio llorando- Como el del aeropuerto.

Me abrazó y sentí lo mismo que la primera vez que le abracé. Sentí nuevamente miedo, miedo de que se fuera.

Pasó como una semana y solo recibía la visita de Isak. Se sentaba a hablar conmigo y la verdad que su compañía me tranquilizaba. Igual que me tranquilizaba ese día que me acompañó en mi vuelo A-935, aun así, sigo sin comprender por qué él no recordaba eso. A lo mejor el que estaba loco era él y no yo. A medida que pasaban los días, echaba de menos a Nicole, a William... pero sobre todo a mis padres y mi hermano, pero Isak aún no me dejaba verlos. ¿Por qué? Esa era la gran pregunta sin respuesta.

Eran como las ocho de la tarde de un jueves, o eso me había dicho la enfermera que me traía la comida. Me puse a mirar por la ventana y vi cómo las calles empezaban a iluminarse de colores, con luces, luces y más luces. ¿Navideñas? En ese momento entró Isak y me miró asustado y nervioso, como si le diera pánico decirme algo. Nunca había visto esos ojos tan asustados. Estaba confusa, una vez más.

– Isak, ¿por qué hay luces navideñas en la calle? -dije, pero Isak solo miraba su cuaderno con notas-. ISAK. Te estoy hablando, contesta. ¿A qué día estamos?

Me miró nervioso, suspiró, dejó su cuaderno, me cogió de la mano y me sentó en el sillón de la habitación, arrodillándose y poniéndose a mi altura.

– Sé que es duro lo que te voy a decir, y puede que no me creas, pero debes relajarte y escucharme. Creo que ya es el momento de que te contemos la verdad. Hoy es 21 de diciembre de 2015. Es un milagro que sigas viva y es un milagro que hayas conseguido despertar.

– ¿Cómo? ¿21 DE DICIEMBRE? ¿Pero cómo? -dije nerviosa.

– No sé cómo despertaste sabiendo mi nombre, es algo que no me explico todavía. Me llamo Isak Rysbak García y no he tenido la suerte de viajar contigo a Suecia, aunque sí que es verdad que soy de descendencia sueca. Soy tu doctor y llevo cuidando de ti unos diez meses. Los diez meses que llevas en coma. Sufriste un accidente de coche el 25 de febrero por la mañana

de camino a Barajas. En ese mismo coche iba otro hombre... -dijo, pero no le deje acabar.

- ¡RAÚL! -grité.
- Tranquila cariño. Él está bien. Al ir él conduciendo sufrió menos daños. La peor parte te la llevaste tú. Ibas dormida apoyada en la ventana cuando el coche volcó y tu cabeza golpeó bruscamente el cristal. Llevas dormida desde ese día hasta hace un par de semanas. En total, como te he dicho, diez meses.
- Entonces yo...nunca...estuve ahí...Nicole...nada era...real...-decía confusa.

En ese momento entró Raúl en la habitación, con los ojos llorosos y mirándome. Se acercó y pude ver la enorme cicatriz que iba desde su lado derecho de la cara hasta su clavícula. Me estremecí.

- Lo siento, siento haberte quitado la oportunidad de disfrutar de esa experiencia como el que disfruta al ver nevar por primera vez...-sollozaba.

Suspiré y lloré, lloré mientras esos ojos esmeralda me miraban con la más grande de las tristezas.